Bol. Inst. Oceanogr. Venezuela, 48 (2): 85-88 (2009); 4 Figs.

MI VISIÓN DEL INSTITUTO OCEANOGRÁFICO DE VENEZUELA

FERNANDO CERVIGÓN

Fundación Museo del Mar, Boca de Río, Isla de Margarita, Venezuela
museomarbdr@telcel.net.ve

La caída de la dictadura de PÉREZ JIMÉNEZ en 1958 y la instauración de una nueva era democrática, creó en el país un ambiente de optimismo sobre las posibilidades que se abrían para que definitivamente, Venezuela se enrrumbara por caminos de progreso y modernización. En esa nueva trayectoria se consideró que un elemento fundamental tenía que ser la educación en todos sus niveles, tanto ampliando el ámbito de su acción en la geografía nacional como en la creación de nuevas instituciones que diversificaran la oferta y se acomodaran mejor a las necesidades regionales. Buen ejemplo de esta inquietud y de la disposición del gobierno para superar sus deficiencias fue la creación de la Universidad de Oriente que introdujo en nuestro país el modelo de una regionalización con la creación de núcleos en los distintos estados de la región nororiental que atendieran y dieran respuesta a sus características, a sus recursos naturales y a la tradición laboral: pesquera, agrícola, industrial, minera etc. Un proyecto ambicioso que tenía que desarrollarse en un inmenso territorio en el que no existía ninguna tradición universitaria ni una población preparada para comprender la dimensión del proyecto, su significado y las tremendas dificultades que ello suponía. Era necesario realizar una labor pionera en varios campos simultáneamente. En primer lugar la logística, la construcción de instalaciones, la preparación de un profesorado idóneo; la organización que permitiera conservar la unidad conceptual de la nueva institución y simultáneamente tomar en cuenta la diversidad regional con sus diferentes idiosincrasias y aspiraciones. Entre estas dificultades no era la menor de ellas las enormes distancias que separaban los distintos núcleos entre sí con un precario sistema de comunicaciones en todas sus modalidades: terrestre, aéreo y telefónico, lo que obligó a crear una oficina en Caracas la "Oficina de enlace" para poder atender todo tipo de suministros y equipos científicos imposibles de encontrar en el interior del país. Aunque sólo fuera por los motivos expuestos, los que concibieron y enfrentaron esta descomunal tarea, merecen nuestro reconocimiento y admiración. Los errores que pudieron cometer no desmerecen la dimensión de los logros. Toda obra pionera lleva consigo graves peligros, e inevitables pero disculpables errores.

La Universidad de Oriente escogió la ciudad de Cumaná para establecer su sede central y con clara visión de la realidad sucrense, enfocó su atención a la actividad pesquera y a todo lo que concerniera al estudio del ambiente marino y su relación con la abundancia de sus recursos naturales renovables, con el fin de mejorar su aprovechamiento y abrir nuevas perspectivas para diversificar y modernizar sus métodos.

Era pues lógico que la creación de un Instituto Oceanográfico fuese prioritario para alcanzar esas metas por medio de una investigación de altura y su proyección en el sector pesquero anexándole una escuela de pesca para la formación técnica de los pescadores elevando el nivel de sus conocimientos y la mejora de sus actividades. No es pues de extrañar que la Universidad iniciara sus actividades con la puesta en marcha del Instituto Oceanográfico de Venezuela que comenzó a operar en 1959 en unas instalaciones provisionales que funcionaron en una quinta, en tanto se finalizaba el nuevo y moderno edificio definitivo que se construía en Cerro Colorado, sede de la Universidad. (Fig. 1).

Para asegurar el adecuado funcionamiento del Instituto, ASOVAC había tomado la precaución de preparar a un grupo de profesionales, algunos de ellos procedentes del Instituto Pedagógico, para completar su formación en instituciones prestigiosas del exterior: FRANCISCO MAGO en Miami, CELESTINO FLORES en Alemania, RAFAEL ANTONIO CURRA en Inglaterra. Simultáneamente, el primer director designado, el Dr. PEDRO ROA MORALES recorría numerosos países de



Fig. 1. Sede definitiva del Instituto Oceanografico inaugurado en 1962

Europa y América para contratar profesionales de las Ciencias del Mar, con el objeto de dar solidez al equipo científico y ayudar a formar a los profesionales venezolanos. Todo ello, con la finalidad de crear un grupo interdisciplinario para dar frente a los distintos aspectos que integran las Ciencias del Mar. Esta política permitió que en muy breve plazo se realizaran y publicaran trabajos de muy buen nivel científico en la primera revista exclusivamente dedicada a las Ciencias del Mar que apareció en el país: El Boletín del Instituto Oceanográfico cuyo primer número apareció ya en 1961; un logro considerable para el país. Todo ello sustentado en las posibilidades que ofrecía el barco oceanográfico *"Guaiquerí"* (Fig. 2) nombre con que se rebautizó el *"Querendón"* yate de 38m. de eslora, de un ministro de PÉREZ JIMÉNEZ, donado por el gobierno a la Universidad y adaptado para cumplir razonablemente bien, la nueva función científica a la que se le dedicaba.

Al mismo tiempo, y con una clara visión de futuro se contrató por breve tiempo y como asesor al Dr. BUENAVENTURA ANDREU, director entonces del Laboratorio de Vigo (España) perteneciente al Instituto de Investigaciones Pesqueras y posteriormente director general de todo el Instituto con sede central en Barcelona. La misión del Dr. ANDREU consistía en explorar las posibilidades que existían en Venezuela y concretamente en el golfo de Cariaco de cultivar mejillones. El Dr. ANDREU emitió un informe positivo y recomendó la contratación de un técnico en cultivos, el Sr. BENEDICTO ROMERO, quien en breve tiempo diseñó y dirigió la construcción de una gigantesca balsa flotante que se fondeó en la ensenada de Turpialito y constituyó una de las experiencias más positivas en el área de los cultivos marinos. (Fig. 3).

Dicha balsa demostró la factibilidad del cultivo y durante muchos años producía anualmente una importante cosecha. El que este tipo de cultivos no tuviera el éxito que se esperaba se debió a una serie de circunstancias cuya discusión escapa a los objetivos de este artículo. Basta señalar que el Instituto Oceanográfico fue pionero en el área de los cultivos marinos, específicamente en el de la mitilicultura. También es muy importante señalar el interés y el apoyo que el Dr. LUÍS MANUEL PEÑALVER puso en este proyecto con una atención personal al mismo así como el del administrador OSCAR ROMERO MAZEO, que no escatimaron el proveer todo lo necesario para asegurar el éxito del proyecto. En 1966 tuve ocasión de visitar y comprobar la importancia que este paso podía tener en el futuro.

Otro hito de importancia capital en estos primeros años del Instituto Oceanográfico fueron las expediciones del *"Guaiquerí"* en 1960 y 1961 que pusieron de manifiesto con toda claridad la influencia del Orinoco en el Mar Caribe en la época de aguas altas, entre Julio y Septiembre y la casi nula en la estación seca, en la expedición de Abril. Las imágenes vía satélite realizadas en años recientes no añaden prácticamente nada a las gráficas elaboradas por el científico H. LEGARÉ y publicadas en 1961 en el Nº 2 del primer volumen del Instituto.

Estas expediciones respondían a una lógica: antes de enfocarse a problemas específicos era necesario adquirir un conocimiento general de las condiciones físico-químicas y dinámicas de los mares nororientales y principalmente de las áreas cercanas de interés científico práctico capitales: el golfo de Cariaco, la fosa de Cariaco y las áreas circundantes. Así surgieron los primeros trabajos



Fig. 2. Barco Oceanográfico Guaiquerí



Fig. 3. Primera balsa mejillonera, fondeada en la ensenada de Turpualito

sobre zooplancton, sedimentos, condiciones físico-químicas, etc. Se hicieron los primeros trabajos sobre la osteología de los peces, de FRANCISCO MAGO.

La salida del Dr. PEDRO ROA, más por motivos políticos que profesionales, llevó a contratar como director científico al Dr. FRITZ GESSNER quien ya había trabajado anteriormente en Venezuela y como director administrativo al Dr. FÉLIX BALDA, dualidad que no fue todo lo positiva que se esperaba. Sin embargo, al Dr. GESSNER era una figura de prestigio, circunstancia importante para la proyección del Instituto, y así, en 1962 se hizo coincidir la inauguración del edificio definitivo en Cerro Colorado con un curso internacional patrocinado por la UNESCO sobre aspectos generales de Ciencias del mar dirigido a jóvenes profesionales de Iberoamérica. Fue mi primera colaboración directa con el Instituto ya que en ese curso dictamos conferencias el Dr . ANTONIO BALLESTER y mi persona, que entonces trabajábamos en la Estación de Investigaciones Marinas de Margarita. Fue un acontecimiento de considerable resonancia. (Fig. 4).

Entre las muchas contribuciones que se hicieron de importancia cabe destacar el aporte realizado por el Dr. PEDRO BERMÚDEZ, cubano, especialista en foraminíferos que publicó importantes trabajos en el Boletín del Instituto, algunos de carácter monográfico.

Durante la dirección del Dr. HUGO FERRANDO, uruguayo, especialista en fitoplancton, quien sustituyó al Dr. FRITZ GESSNER, dicté en 1966 el primer curso de Ictiología, al que asistió un buen grupo de investigadores del propio Instituto y algunos de otras Instituciones como la UCV y la Universidad del Zulia. Especial importancia tuvo para mi el contacto con el taxidermista PABLO FIGUEROA, quien desde entonces comenzó la preparación de alta calidad de esqueletos montados de peces, algunos de los cuales se exhiben actualmente en el Museo Marino de Margarita.

Participé con el Dr. RAFAEL ANTONIO CURRA quien sustituyó en la dirección del Instituto al Dr. FERRANDO, en el congreso de Curazao de noviembre de 1968, donde asistía como representante de Venezuela y quien tuvo la gentileza, cuando por encontrarse indispuesto, que le sustituyera en esa representación nacional, precisamente



Fig. 4. El autor del presente articúlo enseñando en el curso de Ictiología en 1966.

en las sesiones en que se estaban distribuyendo las responsabilidades para el estudio del material que se colectara en lo que se programaba como el año internacional del Caribe. Fue al regreso de esa reunión cuando se produjo el lamentable accidente del avión de la Pan American en el que falleció el Dr. Curra.

En 1970 el nuevo director, Dr. Luís Herrera, tomó la decisión con la estrecha colaboración del Dr. Gregorio Reyes de poner en marcha los cursos de postgrado de carácter internacional que lograron el reconocimiento de la OEA que, adicionalmente, apoyó financiando becas para estudiantes iberoamericanos y para contratar profesores investigadores de otros países a fin de completar un cuadro de profesores calificados para dar frente a la responsabilidad adquirida.

Fue una decisión audaz, que muchos consideraron prematura, pero que daba oportunidad al Instituto de proyectarse y afianzarse como una de las instituciones de investigaciones marinas más prestigiosas de Iberoamérica.

A partir de entonces mi relación con el Instituto se hizo más estrecha ya que pasé a ocuparme de dictar dos asignaturas de Ictiología. La experiencia fue muy enriquecedora para mí y tuve la ocasión de conocer estudiantes de muchos países con algunos de los cuales mantuve relación muchos años después: peruanos, chilenos, colombianos, dominicanos etc. y dirigir algunas de las tesis de Maestría. Estos estudios de postgrado tenían también la finalidad de facilitar la elevación del nivel científico del personal del Instituto. Estos cursos tuvieron muchos altibajos pero siguieron manteniéndose y después pasaron a ofrecer también el doctorado.

El Dr. Herrera modificó el formato del Boletín, llevándolo a un tamaño mayor y una diagramación más moderna. Su portada fue diseñada por Sr. Pedro Loizaga, de considerable creatividad.

En 1973 fui designado director del Instituto, tomando posesión a finales del mes de Mayo. Recibí el apoyo irrestricto, tanto del personal del mismo, como de las autoridades universitarias, lo cual hizo muy fácil mi tarea que además fue muy corta ya que el Dr. Gregorio Reyes me sustituyó en noviembre del siguiente año. Sin embargo deseo hacer mención de un hecho que considero de gran importancia y que deseo poner de manifiesto. Con el fin de dictar el curso de Ecología en los cursos de postgrado invité al Dr. Ramón Margalef a que aceptara dictarlo él, a lo cual accedió. El Dr. Margalef sigue siendo el más importante ecólogo de habla española y uno de los fundadores de la ecología moderna de influencia universal. No sólo Venezuela, sino toda Iberoamérica está en deuda con él. Fue el inspirador y promotor de nuevas ideas y de la apertura de nuevos horizontes, no sólo en el ámbito de las ciencias del mar sino de la ecología general. Extraordinariamente estimulante, a todos prestaba atención y les abría nuevas perspectivas. Un verdadero sabio, conjugó su inmenso saber con una sencillez que desarmaba y facilitaba el intercambio de opiniones. Las clases teóricas se dictaron en Cumaná y la mayor parte de las prácticas en el Centro de Investigaciones del Núcleo de Nueva Esparta, en Boca del Río.

Mi objetivo estuvo centrado en promover el interés por la Acuicultura, iniciándose tímidos ensayos sin trascendencia. Sólo posteriormente arraigaron algunos proyectos experimentales serios en los que el profesor Aníbal Vélez jugó un importante papel.

Durante mi período como director y con motivo de la conmemoración del décimoquinto aniversario de la creación del Instituto, a solicitud de buena parte del personal y de mi propio deseo, el Dr. Pedro Roa fue invitado a participar en los actos. Fue la primera vez que visitaba el Instituto después de su salida trece años antes. Constituyó una satisfacción para todos y supuso la reanudación de las relaciones formales.

Una vez finalizado mi período como director continué colaborando con el Instituto dictando los cursos de Ictiología en el postgrado, pero trabajando en Boca del Río adonde viajaban los estudiantes una vez a la semana y yo en algunas ocasiones a Cumaná.

Gradualmente la relación se fue haciendo menos frecuente a medida, adicionalmente, que disminuían los lazos afectivos y efectivos. A partir de mi jubilación en 1990 dejé de estar al tanto de la trayectoria del Instituto y sólo ocasionalmente leía el boletín. Quiero sin embargo hacer énfasis en que después de abandonar la dirección y el propio Instituto, en mis frecuentes visitas al mismo era tratado con tal consideración y afecto que todavía hoy me conmueve, al recordarlo.